

te, que había caído desfallecido en un sitio, situado enfrente del que ocupaba el Rey con Berenguela.

De repente, la mirada de la joven se apagó como la luz próxima á extinguirse.

—¡Tengo sueño!—murmuró, reclinando su cabeza en el hombro del Rey;—dejame... dormir... aquí, Florestán!...

Cerráronse sus ojos; apareció en su boca una sonrisa inocente, y su boca despidió el postrer suspiro.

El Rey no lanzó ya un solo gemido: breves instantes permaneció mirando con sombríos ojos el cadáver de Berenguela; de repente exclamó:

—¡Oh, quiero desgarrar yo mismo mi propio corazón! ¡Quiero apurar hasta las heces el amargo cáliz de mi dolor!

Al pronunciar estas palabras, depositó el cadáver en el lecho y rasgó con su daga la túnica de la Infanta, apareciendo bien pronto la señal del costado.

—¡Hermana mía!—gritó besando en la frente á Berenguela; después, levantándose con los ojos llenos de lágrimas, prosiguió:

—¡Ruega al Señor que me perdone el no haberte arrancado tu postrera ilusión de amor!

La Reina cerró piadosamente los ojos de la joven y besó sus mejillas, frias ya, en tanto que D. Sancho ocultaba sollozando su frente entre las ropas del lecho.

—¡Valor, hermano mio!—dijo el Rey abrazándole;—¡yo la amé con locura, y me consuelo al pensar que está á los pies de Dios!

—¡Valor, hermano mio!—repitió la Reina cubriendo el cadáver con su manto real;—¡yo la amaba también, y sabré consolar tu dolor!

—¡Oh, Dios mio!—murmuró aquel mártir del corazón, alzando al cielo sus abatidos ojos:—¡no les hagáis saber nunca hasta qué extremo la amaba yo!

IX

Algunos meses después presentó Enrique II una batalla á los ingleses, en la cual quedó prisionero el Infante D. Sancho, que mandaba uno de los cuerpos del ejército de su hermano.

El Rey de Castilla pagó por el Infante un fuerte rescate, y envió á buscarle al primer puerto á una brillante comitiva de los señores más jóvenes y apuestos de su reino.

Pocos días después, llegaron dos heraldos á las puertas del alcázar, solicitando una audiencia del Rey, para decirle que habían adelantado á la comitiva con el objeto de prevenirle que su señoría el Infante D. Sancho venía muy enfermo.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó el Rey, en cuyo semblante se retrató un agudo dolor al oír esta triste nueva;—¿y debe llegar pronto?

—Sólo le precedemos algunos instantes,— contestaron aquéllos.

Diéronse inmediatamente órdenes para que se preparasen las habitaciones de D. Sancho, y no bien se dejaron oír las trompetas y atabales de la guardia del Rey, anunciando que ya se divisaba la comitiva del Infante, bajó D. Enrique la escalera para abrazar á aquel hermano con tanto extremo querido.

El Infante no pudo ya doblar la rodilla para saludar al Rey, que le estrechó contra su pecho; dos escuderos le subieron en sus brazos, y le depositaron en su magnífico lecho.

Estaba D. Sancho pálido y demacrado: la terrible enfermedad de languidez que hacía tres meses le consumía, había llegado á minar todos los órganos de su vida.

El Rey y la Reina se retiraron muy tarde á sus habitaciones, y poco después los ballesteros, que dormitaban en las galerías, vieron deslizarse á un fantasma, envuelto en un largo manto azul; santiguáronse todos devotamente, porque, á su modo de ver, era el alma de una mujer que, según se aseguraba con sumo misterio, salía cada noche de uno de los sepulcros del panteón, coronada de perlas y abrigada con un manto azul; decíase también que era una joven muy amada del Rey, á la cual habían enterrado con aquella alhaja, presente sin duda de Satanás, según afirmaban las reverendas

dueñas, y que no podía morar en el panteón de los Reyes, por ser sólo una villana que había venido de la muy noble ciudad de Burgos.

Al rayar el día, las personas encargadas de velar al Infante vieron con sumo terror que, durante su sueño, había aquél desaparecido: en vano registraron todo el alcázar antes de avisar al Rey, al cual tuvieron por fin que dar parte de tan extraño acontecimiento.

Al día siguiente murió uno de los Infantes, de muy corta edad, que estaba enfermo hacía algún tiempo. El Rey, dominado por el profundo dolor que le causara la muerte de su hijo, y atraído por un inexplicable presentimiento, quiso acompañarle hasta el sepulcro: envolvióse en un manto negro, se dirigió al panteón, y se ocultó tras una columna; de repente lanzó un grito de angustia, y los cortesanos, atónitos, reconocieron á D. Enrique al precipitarse sobre una figura humana, que yacía tendida sobre una tumba recién cerrada, y que sólo tenía grabado el sencillo nombre de *Berenguela*.

El Rey había reconocido un magnífico manto de seda azul bordado de oro; era de la Reina, y bajo él descansaba D. Sancho, dormido con el sueño eterno.

El mártir del corazón quiso que le sirviese de sudario el manto real que cubrió el cadáver de la Infanta.

Un rayo de luz brotó en la mente de Enrique

El de las mercedes, que dobló la frente y oró con fervor.....

.....
 La Reina Doña Juana empezó á padecer desde aquel día la misma enfermedad de languidez que mató al Infante.

¿Qué pasaba en el corazón de la Reina de Castilla? ¡Sólo Dios pudiera decirlo!

El día mismo que se cumplían seis meses desde la muerte del Infante, cuatro Condes de Castilla velaban el cadáver de su Soberana, espada en mano y en pie, á los cuatro ángulos de su suntuoso lecho mortuario.

El cadáver de la Reina fué colocado, por orden del Rey, en la tumba inmediata á la que ocupaba el de D. Sancho.

Dícese que Enrique II no volvió á dormir desde aquella época fatal; que desterró al ambicioso D. Nuño de Sandoval, y que ni aun el amor de sus hijos pudo consolar el hondo pesar que le devoraba el corazón.

¿Había adivinado el Monarca cuál era el mal que cortó los días de la bella y adorable criatura á quién llamó su esposa?

¡Tal vez Dios le advirtió en sueños que las purísimas almas de la Reina y del Infante moraban juntas en el cielo!

FIN DE LA DIADEMA DE PERLAS

LUZ DE LUNA

I

TRISTEZA

El segundo tercio del siglo xv iba á espirar. Era el obscurecer de un hermoso día de otoño, y las campanas de Segovia tocaban á la oración; las damas de la corte, pues la corte estaba entonces en esta ciudad, se dirigían al templo cubiertas con largos mantos negros y acompañadas de reverendas dueñas, lo que no impedía que algunas de ellas trocasen una frase amorosa, pronunciada á media voz, con los gallardos donceles que de cerca las seguían, ó recibiesen un billete, que ocultaban con rapidez maravillosa entre los anchos pliegues del manto.

Triste estaba entonces la ciudad. Enrique IV había abierto una tregua á sus continuas diversiones; y en cuanto á la Reina, no parecía desear tampoco los saraos y festines, que tanto la hacían gozar en otro tiempo: murmurábase entre sus damas que una profunda tristeza la consumía, aunque ninguna de ellas podía adi-